

Lo que tú digas, corazón

MERCEDES BARREIRO



Lo que tú digas, corazón

Mercedes Barreiro



Lo que tú digas, corazón - Mercedes Barreiro

© Mercedes Barreiro, 2019

Edición: equipo editorial de Maquetacionlibros.com

Corrección y revisión: Adoración Pérez Ferrer

Maquetación editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

Ilustraciones: Jesús Cartelle

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso anticipado y por escrito del autor.

Índice

[Portada](#)

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1. Ella y yo](#)

[Capítulo 2. Sentimientos prohibidos](#)

[Capítulo 3. Lola](#)

[Capítulo 4. Mujer busca mujer](#)

[Capítulo 5. Gisella](#)

[Capítulo 6. No abrir antes del sábado](#)

[Capítulo 7. El hotel](#)

[Capítulo 8. Las heridas del corazón](#)

[Capítulo 9. Ítaca](#)

[Capítulo 10. Las piedras y las letras](#)

[Capítulo 11. Barcelona](#)

[Capítulo 12. Mara](#)

[Capítulo 13. Mi piel](#)

[Capítulo 14. Reflexiones](#)

[Capítulo 15](#)

Capítulo 1

Ella y yo

—...¿a qué hora llega tu vuelo, cariño? —pregunté a Marta, impaciente. Pronto estaría en mis brazos, después de 3 largos meses sin verla.

—A las 9 —me contestó con el manos libres, mientras daba los últimos retoques a su maquillaje.

Era un día de principios de año, un día frío y oscuro de enero, pero que sentíamos cálido y luminoso, lleno de ilusión por el encuentro y el deseo de volver a vernos.

Cuando yo conocí a Marta, tenía una herida abierta, supuraba dolor amargo por la pérdida de un amor. Ella me cuidó, lamió mi herida, la vendó y la besó.

Y me conquistó.

Marta vivía en Barcelona; catalana de nacimiento; una mujer muy culta. Sentía una gran pasión por la música y la lectura. Estaba separada y tenía una hija a la que estaba muy unida.

Cuando empezamos la relación, decidió hablar con ella; necesitaba contarle lo que le estaba ocurriendo, necesitaba compartirlo con ella. Era asignatura pendiente desde hacía tiempo, pero hasta este momento le faltaba... ¿cómo decirlo?, ¿seguridad? No sería una conversación fácil, porque además tendría que decirle que era de una mujer, algo que la chica no se podía ni imaginar. Su madre había estado casada con un señor, su padre, 20 años.

Antes de salir de viaje, y sin preámbulos, se sentó a su lado en el sofá, tomó las manos de su hija entre las suyas y la miró a los ojos. No quería

decirlo de otra manera, no podía decirlo de otra manera, solo cabía la sencillez en este momento tan delicado:

—Cariño, tengo que contarte algo —y con una sonrisa algo desdibujada le dijo—: estoy enamorada.

—Me alegro, mamá, ¡enhorabuena!

—Es de una mujer; estoy enamorada de una mujer —lo dijo con gesto como de... “¡qué le vamos a hacer!”.



Estaba preocupada. Arriesgaba que la relación con su hija se deteriorase si ella no lo aceptaba. Pero no fue así. Carla, con una madura sensatez, la besó mientras le regalaba una hermosa y tranquilizadora sonrisa.

—No te preocupes, mamá; yo tengo amigas lesbianas.

—¿No te decepciono, cariño?

—No, claro que no, mamá. Lo que yo quiero es que seas feliz. El con quién lo eliges tú.

Y se fundieron en un abrazo imposible de olvidar. Marta recuerda aquel día como uno de los más hermosos de su vida. Lejos de perder a su hija, se sentía aún más cerca de ella. Era lo más importante en su vida y podría compartir con ella la emoción del amor que sentía por mí. Se sentía si cabe, desde ese día, la madre más orgullosa del mundo.

Sentadas como dos amigas, se pasaron tiempo hablando. Carla preguntando a Marta todo lo que en ese momento rondaba por su cabeza; ¿cómo nos habíamos conocido, cómo era yo, de dónde era...? Y escuchaba las respuestas asombrada aún por la novedad, pero muy alegre y entusiasmada por la situación que se presentaba en la vida de su madre.



Salían de su boca expresiones a borbotones, como “¿¿¿de verdad???, ¿¿¿en serio???”. Marta sonreía por la cara de asombro que ponía su hija con sus respuestas.

El vuelo de Marta había llegado puntual aquel viernes, y yo, como siempre, llegué más tarde de lo que me hubiera gustado, apurando el paso, con la chaqueta en la mano intentando ponérmela, nerviosa, cuando ya había aterrizado el avión.

Sentía mi corazón feliz y una sonrisa eterna en la cara. En un momento podría abrazar a Marta; tres meses amándonos a 800 km de distancia y ahora, por fin, la tenía a unos metros, a unos segundos...

Y allí estaba ella. Esperándome a lo lejos.

Al ver su silueta en la distancia, el tiempo se paró por unos segundos y empecé a recordar la primera vez que la vi, en la Puerta del Sol, ¡qué día tan maravilloso, lleno de descubrimientos y emociones! Pasión.

Aquel día también se me adelantó y también estaba esperándome. La recuerdo sentada en la ventana de un escaparate, con las piernas cruzadas, y escribía algo en su agenda, tan concentrada que ni me vio llegar. Yo me coloqué delante de ella, miré hacia abajo y queriendo sorprenderla bromeé:

—¡¡¡Hola, *amore*!!!

Recuerdo cómo levantó la cabeza... lentamente; el encuentro con su mirada fue sublime. ¡Me encontré de repente con unos ojos color marrón, grandes y brillantes que expresaban tanto! Solo mirándola a los ojos me di cuenta de que era auténtica, de que era de verdad, de que era noble y sincera y de que esa mirada hacía latir mi corazón más deprisa.

Tímidamente nos dimos un beso en la mejilla e intentamos dar normalidad al encuentro, aunque las dos estábamos un poco sin saber muy bien qué hacer.

Era un día caluroso y decidimos dar un paseo por El Retiro. Mientras paseábamos, nos cogimos de la mano; estábamos en Madrid, era como la *Tierra Prometida*, sentíamos que allí todo estaba permitido, se respiraba

libertad; era algo aparentemente sencillo, pero para nosotras ¡tan importante, tan bonito! Y allí, cogidas de la mano y ocultando nuestro rostro con un mapa de bolsillo desplegado, nos dimos nuestro primer beso. Fue dulce, cálido, intenso, inmenso, azul como el cielo.

Pasamos un día maravilloso, inolvidable.

Y recordé cuando nos despedimos, con una sensación agrídulce. Al separarme de ella no pude irme a casa, necesitaba estar sola, no podía desprenderme de aquella sensación, no quería perderla, necesitaba seguir sintiendo, era demasiado agradable para contaminarla.

Después de dejarla en su hotel, me fui sola caminando por las calles de Madrid, feliz, inflada de felicidad; me sentía volar, tenía ganas de correr, de saltar, de gritar. Seguí caminando hasta llegar a la plaza Mayor, donde me senté en una terraza. Pedí un cubata y me dispuse a disfrutar de un atardecer caluroso, en compañía de mi recuerdo, sin hacer nada más... sin pensar, solo sintiendo, sintiendo mi piel, sintiendo mi corazón.

Mi mente volvió a la realidad cuando me acerqué más y pude verla de cerca.

Mi corazón se aceleró cuando descubrí que Marta estaba aún más guapa de lo que yo recordaba.

Me quedé estupefacta observándola.

Llevaba un pantalón negro con unas botas de tacón alto, una camisa blanca con un gran escote, desde donde se apreciaban aquellos maravillosos lunares que recordaban el cielo estrellado de una cálida noche de verano.

Marta estaba de pie, fumando un cigarrillo. Era la primera vez que pisaba tierras gallegas y lo estaba comentando con una chica con la que compartía ceniceró.

Cuando me vio caminando hacia ella, apagó el cigarro, se acercó lentamente, me miró a los ojos sonriendo y me abrazó. Fue un abrazo en silencio, sin decir nada, supuestamente casto, como si de dos amigas se

tratara, ocultando nuestro amor a todas las miradas despistadas que deambulaban por el aeropuerto.

Más tarde, comentamos el esfuerzo que tuvimos que hacer para no darnos el beso en la boca que tanto deseábamos.

Llevaba el pelo suelto y sus ojos brillaban como el agua fresca de un manantial. ¡Cómo me gustaba mirarlos! Transmitían paz.

Despacio, no había prisa ya, y felices, entre miradas de complicidad y sonrisas, y alguna palabra torpe del primer momento del encuentro, nos dirigimos hacia el parking del aeropuerto donde había dejado el coche.

En esta ocasión, el ascensor no fue nuestro aliado como había sido en otras ocasiones... era de cristal. Pero enseguida llegamos al coche, que sí se convirtió en nuestro refugio por un momento, en penumbra y solitario.

Marta dejó su maleta en el suelo, me rodeó por la cintura y me llevó hasta el lateral del coche. Sentí la espalda pegada al frío metal. No me quedaba libertad de movimiento, pegó su cuerpo al mío y nos fundimos en el beso apasionado que tanto deseábamos. Su respiración comenzó a agitarse cada vez más y a mezclarse con la mía. Nuestras manos se entrelazaron. Su corazón y el mío latían en armonía.

Un largo beso que la oscuridad del parking nos obsequió como regalo de bienvenida.

Sutilmente, Marta se separó de mí y entró en el coche. Yo la seguí, nos miramos y con una sonrisa me dijo:

—¡Te amo, no sabes cuántas ganas tenía de que llegara este momento!

Y con la sensación de que teníamos todo el tiempo del mundo solo para nosotras, le dije:

—Yo también, amor. Te eché mucho de menos.

—¿Qué te parece si vamos al hotel, dejamos las maletas y nos vamos a comer? Nos pondremos al día.

—¡Claro, cariño! Llévame a un restaurante típico gallego, quiero degustar

los manjares de los que disfruta mi galleguita.

Yo había diseñado un disco con mis canciones favoritas, para hacer más agradable el viaje del aeropuerto al hotel, con música de Amy Whinehouse, Adele, Rihanna, Madonna, Mónica Naranjo...

Quiero complacer a Marta, necesito complacerla.

Pongo música y el ambiente en el coche se convierte en mágico. Las dos juntas, finalmente, con una música fantástica, camino de un fin de semana maravilloso.

Al ritmo de la música comenzamos a movernos, cantando las canciones que tanto nos gustaban, entre risas, miradas y deseo.

Mientras escuchábamos “Ahora”, de Mónica Naranjo, una mano de Marta se pegó a mi pierna, como si de un imán se tratara. Yo abrí un poco, con gesto discreto, para facilitar el paso de aquellos dedos tan deseados y, a medida que iban avanzando, una maravillosa sacudida eléctrica recorrió todo mi cuerpo, dejándome sin aliento y con ganas locas de abrazarla.

Capítulo 2

Sentimientos prohibidos

Aunque siempre he tenido empatía y complicidad con las chicas, nunca había pensado en una mujer como opción sentimental. Siempre me sentí más cómoda compartiendo con ellas, pero hasta el momento, no había sentido atracción física por una mujer. Disfruté de amigas muy especiales, por las que he tenido sentimientos muy profundos, pero sin sentir atracción física alguna. El sexo, en mi cabeza, no sé si por educación o porque relacionándome con hombres disfrutaba sexualmente, solo cabía con el sexo masculino.

Pero...

Todo empezó un día en que, abriendo una revista, vi una foto de Brad Pitt y Angelina Jolie.

Yo no quería mirarla a ella, debía mirarlo a él, pero por más que intentaba actuar con “normalidad” y ver el atractivo en ese hombre tan guapo y maravilloso, ¡no había manera! Los ojos se me escapaban para admirar la belleza y sensualidad de ella. ¡Era por ella por quien sentía atracción! La miré muchas veces e intenté razonar, pero cuanto más la miraba, más intenso se hacía ese pensamiento.

Desde ese día perseguí una ilusión que al principio pensé sería una utopía, pero con el tiempo supe que no.

Busqué al amor de mi vida con una figura estudiada y unos sentimientos concretos.

Busqué esa ilusión preconcebida de complicidad compartida.

Busqué y encontré; disfruté y lloré, pero aprendí y viví.

Salí de mi zona de confort, lo que me ocasionó una revolución externa y un tornado interno del tamaño de un planeta.

Empecé a sentirme mal cuando algo me hacía sentir bien.



Empecé a armarme un lío por no querer seguir unas pautas de normalidad que me harían todo más fácil. Más fácil, pero no posible.

Aprendí a mentir; tarea nada fácil para los que pensamos que mentir es un error.

Empecé a dar explicaciones a las personas de mi entorno.

Hasta entonces era clara, me sentía segura, no había tenido necesidad de falsear; eso se me hacía muy difícil, iba en contra de mis principios, me confrontaba conmigo misma, pero no tenía otra alternativa.

Por un lado, descubrir mi homosexualidad y, por otro, estaba casada.

Mi vida explotó en una catarsis.

Lo que sentía en ese momento es que estaba cometiendo un delito; tenía que ocultarme, hacía algo prohibido, algo malo. Y es que, en realidad, estaba derrumbando los cimientos de mi matrimonio; me embarcaba en algo que iba a hacer daño a una persona a quien yo quería mucho, mi marido; eso me torturaba.

Hasta ese momento, tenía una vida plena, feliz; una vida de familia muy bien vista por todos, con un marido extraordinario y unos hijos maravillosos; una vida que a todos les gustaba para mí, incluso, a mí; pero, a veces, los sentimientos y los deseos cambian y no podemos quedarnos para siempre haciendo lo que no queremos y despreciando cosas que deseamos.

Nuestra vida es nuestra y nada más que nuestra, y a veces debemos tomar decisiones que, aunque sean incómodas, duras y difíciles, tenemos que ser valientes y anteponer nuestra voluntad a todo lo demás, porque con el tiempo, lo que hayamos hecho desde el corazón será lo único válido. Lo mejor para nosotros y lo mejor para nuestro entorno.

Capítulo 3

Lola

Lola, mi gran amiga, la niña de mis ojos, con la que mantengo una relación de amistad desde hace ya muchos años.

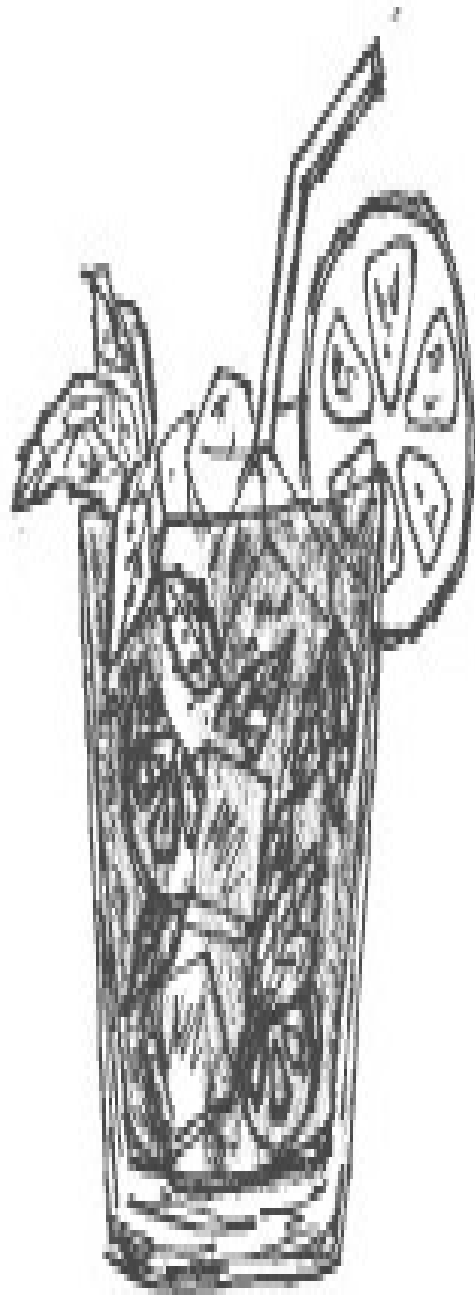
Somos muy afortunadas, disfrutamos de una complicidad que es muy difícil de conseguir. No es necesario hablarnos para saber lo que pensamos.

Nunca estamos solas, siempre nos tenemos la una a la otra.

Pienso que Lola, para mí, es un regalo divino. No sé qué habré hecho para merecerlo, pero es muy importante en mi vida.

Si tuviese que buscar una palabra para definir esta amistad, esa palabra sería “pura”.

Desde hace 20 años, Lola y yo nos reunimos todos los viernes por la tarde, en su casa o en la mía, para tomar una copa, escuchar música y hablar de lo que vivimos, de lo que pensamos, de lo que sentimos y, sobre todo, nos reímos mucho.



Nos gusta mucho el fuego. Durante la tarde, siempre hacemos una hoguera que luego aprovechamos para preparar algo de cenar. Disfrutamos del calor del fuego en invierno y de la vida de las llamas en una noche de verano...

¡Tantas confianzas nos hicimos delante de aquellas enérgicas y cálidas llamas!

¡Tantos llantos, tantas alegrías; siempre abrazos, siempre comprensión, siempre cariño!

Un viernes de verano decidimos darnos un chapuzón en la piscina, antes de tomar el sol en las cómodas tumbonas que Lola había comprado aquel verano. Nos preparamos un mojito, ya nos considerábamos especialistas *mojiteras*. Aquel año nos preparamos unos cuantos. Además, estaban especialmente ricos porque los hacíamos con productos de la huerta de Lola, una delicia para el paladar y un buen anestésico para contar cosas difíciles.

Tumbada, sintiendo el sol en la piel y degustando el mojito, decidí que ese era el momento perfecto para hablar con mi amiga de lo que me estaba ocurriendo:

—¿Sabes, Lola? —dije—, siento que desde hace un tiempo me gustan las mujeres. La verdad, es que pienso que siempre me han gustado, pero no lo sabía.

—¿¿¿CÓMO??? —respondió Lola, perpleja, casi atragantándose. Se había quedado sin palabras. Su cara fue un poema por un instante.

Yo seguí mi discurso mientras ella se recomponía:

—Y quiero vivir lo que siento, quiero tener una experiencia con una mujer, necesito llevar a cabo esto que tanto me inquieta; quiero conocer este mundo, quiero saber si estar con una mujer es tan maravilloso como yo me imagino. Necesito compartir con una mujer, con una mujer que tenga las mismas inquietudes que yo. Que hablemos el mismo idioma de sentimientos, de amor, de pasión, de placer; que ella quiera tocar mi mano con la misma delicadeza con la que yo quiero tocar la suya, que ella quiera rozar mis labios con la misma dulzura con la que yo quiero besar los suyos. Quiero observar su

cuello, sus hombros con deseo y que ella sienta el mismo deseo al saber que yo la miro. Quiero amar a una mujer.

Lola, todavía sin salir de su asombro, pero ya más recompuesta, dejó la copa, me miró a los ojos con esa mirada limpia y cálida que la caracterizaba y me abrazó mientras decía:

—Tranquila, no te preocupes por nada. Quiero que sepas que estoy aquí, como siempre, para todo lo que necesites, y espero estar a la altura de la amistad que nos unió siempre, para poder acompañarte también en este momento de tu vida. Estoy muy orgullosa de ti, eres la mejor persona que conozco; no cambies, por favor, te quiero mucho —me dijo.

Lola es una mujer maravillosa, con un sentido del humor extraordinario, muy sensata y, sobre todo, muy buena persona.

Nos sentíamos muy bien juntas y a las dos nos gustaba la música en vivo, por lo que en cuanto podíamos hacíamos una escapada en avión, a disfrutar de algún concierto.

Las dos juntas conocimos a la gran Mónica Naranjo, a la que tanto admiro, y juntas la seguimos por muchas ciudades españolas, disfrutando sus conciertos.

Todavía recuerdo, como si fuera ayer, la primera vez que fuimos a verla al Palacio de Deportes de Madrid, con su espectáculo Tarántula. Fue uno de los días más felices de mi vida, por varias razones; viajaba con Lola, ¡era la primera vez que pasaríamos una noche fuera de casa juntas, y nada menos que en Madrid y con Mónica Naranjo!, lo que tanto deseaba desde hacía muchos años, ¡era perfecto!

Disfrutábamos igualmente los meses previos al concierto como en el propio espectáculo, aprendiendo las letras de las canciones; nos pasábamos el día ensayando, cantándolas en todas partes, preparando el viaje, diseñando unas camisetas para el día del concierto. Eran de color negro, con unas grandes letras en blanco, que queríamos dedicar a Mónica; la mía decía: “Te

queremos, genio” y la de Lola: “Gracias por los momentos”. Estas camisetas nos las volvíamos a poner cada vez que íbamos a un concierto suyo.

A las 22 horas de una noche calurosa de septiembre, en Madrid, Lola y yo hacíamos cola para entrar al concierto y por fin ver a Mónica Naranjo.

Yo, al borde ya de un ataque de nervios, emocionada; emocionadas. Cuando finalmente se abrieron las puertas, aquella emoción se convirtió en felicidad. Impacientes e intrigadas esperábamos su salida al escenario, entre risas nerviosas y abrazos. ¡Estábamos allí! ¡La íbamos a ver!

Tras una pequeña espera, se apagaron las luces y el suelo empezó a retumbar con el estruendo que abría el espectáculo. Nuestros cuerpos vibraban con el sonido que anunciaba la salida al escenario de nuestra diva.

¡Y apareció!

Colgada de un arnés, por la cintura, salía de debajo del escenario como sin vida. La cuerda que sujetaba el arnés la elevó hasta lo más alto del recinto; llevaba el pelo suelto y una gran capa roja que colgaba unos tres metros. Cuando alcanzó lo más alto, se incorporó de golpe, sorprendiéndonos a todos cantando “Desátame”, mientras se balanceaba sobre nuestras cabezas.

En ese momento, unas lágrimas resbalaban por mi mejilla mientras abrazaba a Lola. ¡Estábamos allí, Lola y yo, delante de Mónica Naranjo! ¡Algo tan deseado durante tanto tiempo! La emoción era desbordante, extraordinaria, única, irrepetible.

Disfrutamos muchísimo aquel primer espectáculo de Mónica Naranjo, pero hubo muchos más.



Al finalizar el concierto nos fuimos a Chueca, lugar que ya empezaba a atraer mucho mi atención y curiosidad.

Fue la primera vez que vi cómo se besaban dos chicas en la boca, ¡y me resultó tan agradable... que me dio hasta envidia!

Fue una noche deliciosa, una noche donde se respiraba libertad y vida por todos los rincones. Bailamos toda la noche, hasta caer rendidas.

Agotadas, nos fuimos en taxi al hotel, donde recordamos muy emocionadas cada momento de la noche. Esa noche que siempre recordaremos como una de las más bonitas de nuestra vida.

Otro gran concierto, maravilloso, que tuvimos el privilegio de disfrutar fue el de Madonna en Portugal, ¡impresionante! Desde el momento en que la vi, solo sentí admiración por ella, por su espectacular puesta en escena, por su preparación física, su manera de moverse en el escenario, el vestuario... todo me fascinó de aquel concierto y, sobre todo, la belleza escultural de esa mujer enérgica, elegante, provocadora. ¡Admirable, superaba todas mis expectativas!

Por supuesto, diseñamos otra camiseta para dedicar a esa espectacular mujer; la mía: “You are a masterpiece, Madonna”, y la de Lola: “Give me all your love, Madonna”.

Esta es otra de las noches que quedará grabada para siempre en nuestra mente y en nuestro corazón.

Las cosas que Lola y yo vivimos juntas nos tocan siempre el corazón; de no ser así, no tendrían sentido para nosotras. Solo el hecho de estar juntas, ya hace especial el momento.

Mi gran amiga, mi tesoro, ¡Lola!

A su lado empecé esa aventura de vida, haciendo como siempre lo que me decía el corazón.

Capítulo 4

Mujer busca mujer

Sentada en el salón de mi casa, buscando información sobre dónde y cómo podría encontrar personas que estuvieran en la misma situación o parecida a la mía.



Sentía la necesidad de descubrir, de conocer, de hablar con mujeres que sintieran como yo. Encontré una página cuyo título era muy sugerente y explícito “mujer busca mujer”.

El deseo de ser yo misma me arrancó a mover los dedos sobre el teclado de mi ordenador...:

“... tengo 50 años, soy una mujer dinámica, con carácter y sentido del humor. De espíritu rebelde y amante de la provocación.

Practico tenis, me encanta el tenis. Me considero una buena deportista y no porque juegue muy bien, sino porque me divierto y, a veces, gano. Y si no gano el partido no importa, porque “mi culo siempre gana”, ese es mi lema en el deporte.

Toco la guitarra, me gusta componer; es un gozo para el alma y para todos los sentidos.

Mi bien máspreciado es la libertad.

Mis mayores placeres: un día con mi amiga Lola, una cena con amigos, un concierto, un buen perfume, un buen vino y una buena mesa; una mañana de playa tirada en la arena, sintiendo el sol en la piel y escuchando música, y un viaje maravilloso compartido con alguien maravilloso”.

Pude comprobar que había muchas mujeres que buscaban lo mismo que yo: conocer, compartir.

Mi primer amor de mujer lo viví así: entre cuatro paredes y como entretenimiento, cuando empezó. Fue muy placentero, al principio, porque parecía que estaba viviendo algo parecido a lo que deseaba, pero creció y se hizo más grande y poderoso, en todos los sentidos.

Capítulo 5

Gisella

¡A y, Gisella! La primera en ocupar mi corazón.

Nunca ha estado a mi lado, nunca la he tocado, nunca la he besado, nunca la he abrazado, nunca la he visto caminar... pero, la he oído hablar.

Tiene la voz más sensual que yo he oído jamás. Es terciopelo rojo. Es frescura de espuma de mar. Es caricia de mano experta.

Gisella apareció en mi vida como una diosa; grandiosa, sabia, elegante, poderosa, seductora, cautivadora.

Era emocionante; me envolvió, me empapó de magia, de asombro con su entrega, su ilusión, sus vivencias.

Se convirtió, a los pocos días de conocerla, en la reina de mis sueños, en mi motivación para vivir, en la fuente de mi felicidad.

Recuerdo perfectamente la frase que me escribió, cuando empezamos a interesarnos la una por la otra:

—Ya veo que has caído en mis redes.

Y también recuerdo lo que yo contesté:

—Creo que buscando bisutería encontré un diamante.

Todo era nuevo para mí con Gisella; todo lo que ella me decía, me mostraba, me enseñaba, me fascinaba.

Estaba viviendo, en algo muy parecido a la realidad, lo que tanto había deseado y con la mejor maestra. Digo *algo parecido a la realidad*, porque toda mi relación con Gisella ha sido a distancia, escrito o audiovisual, pero nunca he podido tocarla.

Ella pensaba lo mismo que yo y necesitaba lo mismo que yo.

Nadie mejor que ella para mostrar cómo se ama a una mujer y por qué se ama a una mujer. Siempre decía, acompañada de un suspiro, y la imaginaba con los ojos brillantes:

—¡Ay, Dios, cómo me gustan las mujeres!

¡Era tan sensual!

Hablábamos todos los días, cuantas veces podíamos.

Al principio, creí que buscábamos lo mismo, pero con el tiempo me di cuenta de que no. Ella buscaba algo más; buscaba compartir su vida y yo me buscaba a mí misma, buscaba saber qué sentía.



Estábamos lejos físicamente, pero teníamos afinidades que nos empujaban a seguir conociéndonos: el deporte, la música, las ganas de amar.

Gisella me enseñó a correr. La conocí en una época en la que había dejado de fumar, por lo que estaba muy ansiosa y ella me daba instrucciones de cómo hacerlo; me pautaba el entrenamiento cada día y, con su ayuda, dejé de fumar y me convertí en una corredora.

Gisella se vino a España buscando un sueño, su sueño de libertad. Era alta, delgada, tipo atlético; ojos grandes, mirada seductora y una melena negra, preciosa. Conquistó mi corazón y mi alma con su personalidad arrolladora.

¡Me amó tanto, la amé tanto...!

Un día me sorprendió con una pregunta; me dijo:

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Iré a la playa —le contesté.

Y sacando su artillería pesada en armas de seducción, mientras tomaba el sol relajada, escuchando música y pensando en ella, recibí un mensaje que decía:

—Voy a ir a donde estás, separaré tu bañador y con la punta de mi látigo voy a quitar, una a una, todas las arenas que encuentre por tu cuerpo.

En ese momento, deseé estar con ella y devorarla y, por primera vez, sentí deseo de estar con una mujer.

A diario me regalaba cosas tan excitantes como esta. O me enviaba películas, vídeos, canciones, fotos... donde me decía lo que le gustaría hacer conmigo en ese momento. Era impresionante la clase, la elegancia, el erotismo con que se manejaba para seducirme.

Nos enganchamos como dos eslabones imaginarios, de una cadena imposible de romper. Era una locura, pero nos hicimos indispensables la una para la otra.

Gisella era una mujer adinerada, que había vivido su esplendor en Estados Unidos. Era una mujer culta y muy inteligente, que había juntado una fortuna en

el mundo de las finanzas newyorkinas. Había llevado una vida de lujo, vestía las mejores marcas, tenía una casa inmensa, los mejores coches y se permitía los más extravagantes caprichos.

Pero era, también, una mujer muy disciplinada; de ahí su éxito.

En la universidad fue campeona de tenis y acabó su carrera *Cum Laudem*. Llevó una infancia feliz, en una casa propiedad de su familia, en centroamérica, con sus padres y sus hermanos. Le encantaba montar a caballo por la playa y disfrutar de esa libertad que ella tanto adoraba.

Solo una cosa echó de menos Gisella en su infancia; vivía en una casa de campo bastante aislada y no tenía amigos con quien compartir sus juegos, así que sus necesidades en el juego intentaba cubrirlas con el personal de servicio y con la persona mas importante en su vida, su madre, a quien adoraba.

Me ha contado anécdotas tan tiernas como que de jovencita, ella, que era una chica fuerte, cogía a su madre, la ponía sobre su espalda, y corriendo se recorrían la casa entre risas y gritos de su madre para que la bajara. La mujer más importante en su vida que, durante un tiempo, se convirtió en su mejor amiga. Siempre la acompañó en todo; cuando competía en tenis era su fan incondicional; la acompañó a algunos conciertos a distintas partes del mundo, a ver cantantes a los que Gisella admiraba y a los que las dos disfrutaban por igual.

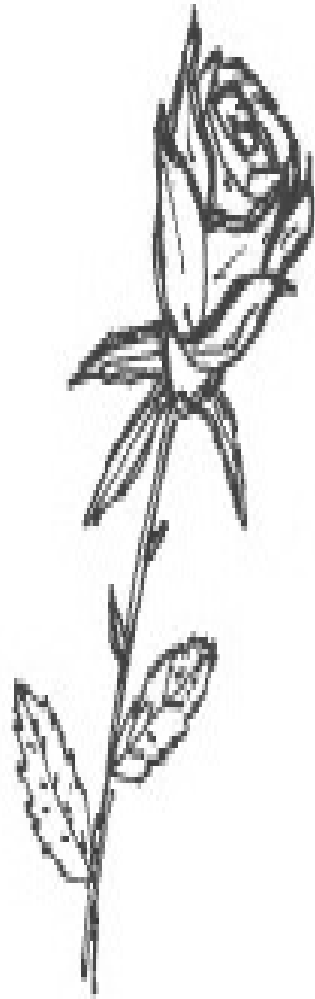
Viajaron juntas... una vez, recién llegada a España, se trajo a su madre y recorrieron Europa. Estuvieron viajando 3 meses, sin separarse ni un segundo. Esa fue la última vez que vio a su madre. Era el pilar fundamental en su vida.

Desde que falleció, no ha pasado un solo día en que Gisella no se acordara de ella. Habían estado muy unidas. Un día me dijo:

—Quisiera tener una hija, para ver en ella los ojos de mi madre.

Me hacía poesías hermosas, mágicas, que me llenaban de amor por ella:

“¿QUÉ TE HICE YO?”



¿Qué te hice yo?

Para que me robaras el aliento,
para que me pillaras el alma al descubierto,
para que te entregara mi corazón...

¿Qué te hice yo?

Para que me quitaras el sueño,
para que me contagiaras tu sonrisa,
para que me gritaras te quiero,
para que me hablaras de amor...

¿Qué te hice yo?

Para que me lanzara de lejos,
para que la distancia nos uniera,
para que tu aliento me despierte.

Aún sin haberte besado con pasión...

Sé lo que me haces a diario, pero insisto,

¿Qué te hice yo?

Para que sueñe con tu mirada,
para que imagine tu cuello rozando mis labios,
para desear que tu pelo se alborote con el mío,
para que tu cuerpo desnudo sea mi máxima excitación...

Sé lo que me has hecho... pero repito,

¿Qué te hice yo?

Te quiero.

Ella se convirtió en mi musa, en las letras de mis canciones, que también le dedicaba:

“Dime lo que sientes cuando estás conmigo,
dime que me sientes, necesito oírlo.

Dime entre susurros que nadie nos escuche,
dime que me quieres, despierta mis sentidos.
Sentimientos prohibidos incrustados en el alma.

Tuyos, míos.
Prohibidos.
Que me envuelven, me cautivan,
que me amarran, me disfrazo.
Sentimientos
Prohibidos”.

Ya hablábamos de amor, de pasión, de deseo.

—Estoy completamente enamorada de ti... y cada vez que escucho tu voz me vuelvo a enamorar; es exquisita la sensación, como una deliciosa brisa de mar, como un incandescente rayo de sol, más fuerte que todo aquello atómico, más dulce que lo empalagoso... Quiero sentir tus labios rozando los míos, me devora la sensación que imagino: delicados, dulces y deliciosos, tan placentero es besarte en mis sueños...

Gisella, a diario, me envolvía en una nube de sentimientos que se apoderaba de mí.

Mi vida giraba en torno a la hora en la que me iba a poner en contacto con ella, era mi momento de gozo.

Ese día me dijo que la noche anterior me había escrito algo y me pidió que lo leyera:

—No sé qué hacer conmigo ni contigo, ni sin ti ni por ti, ni por nosotras... Me siento tan completa, tan incompleta, tan deseosa, tan con todo, tan sin nada... Estoy sintiéndolo todo, y por ti hoy suspiro, en silencio y a gritos... No tengo palabras..., creo que me estoy... enamorando... ¡es una locura!

Al oír esto empecé a sentirme incómoda, bien y mal a la vez; bien, porque yo también me estaba enamorando; y mal, porque no podía pasar más tiempo, debía decirle algo importante...

Dejé de escribirle, no podía hacerle daño: ¡la amaba! Empecé con ella pensando que era un juego, no me di cuenta que cuando hay sentimientos por medio, el juego deja de serlo, para convertirse en algo serio que puede

dañarte o hacer daño. He sido una insensata. Nunca pensé que podría enamorarme y nunca pensé que ella quería enamorarse.

Empezó a enviarme mensajes de preocupación, porque no sabía nada de mí desde hacía días, y yo seguía sin contestarle; no podía, pero la quería demasiado. La amaba, la adoraba, no podía vivir sin ella y tenía que decirle lo que me ocurría.

Sentía el deber moral de decírselo cuanto antes, pero no tenía valor, temía perderla; me sentía muy bien con ella y no quería hacerle más daño, aunque sabía que el daño ya estaba hecho.

Un día, nada más levantarme de la cama, reuní el valor suficiente, me fui al ordenador, abrí el correo y empecé a escribir:

“Hola, Gisella, yo también me he enamorado de ti, por eso es tan difícil lo que te voy a decir.

No lo he hecho antes porque tenía miedo de perderte y porque nunca pensé que nos fuéramos a enamorar, porque no quiero hacerte daño... porque te amo. Y creo que debo hacerte esta confesión, por las mismas razones por las que no lo he hecho hasta ahora, porque no quiero hacerte daño y porque te amo...”.

Capítulo 6

No abrir antes del sábado

Con el corazón lleno de amor por ella, debía decirle lo que le había ocultado hasta ese momento:



“... estoy casada”.

Gisella se quedó destrozada. Sintió como si le clavase una lanza en el corazón. Se había hecho muchas ilusiones y en aquel momento se habían roto todas en mil pedazos.

—¿Duermes con él?

—Sí.

La atracción que yo sentía por la sensibilidad femenina y la complicidad que tenía con las mujeres hizo en mi mente un cóctel, que me llevó a pensar que vivir una historia de amor con una mujer tenía que ser fantástico, maravilloso.

Lo que más me atrae siempre en una mujer es su sensualidad, su inteligencia y su sentido del humor. Así conocí a Gisella; lo que yo buscaba en una mujer lo tenía ella.

Es difícil expresar lo que ella me dio, porque me lo dio todo. Me hizo vivir, vibrar, sentir, muy por encima de mis expectativas.

Con ella, mi cuerpo estaba en continua ebullición, mi estómago lleno de mariposas revoloteando, alborotadas a todas horas, y cuando oía su voz, el vello de mis brazos se erizaba y mi corazón se llenaba de ella.

Estar con ella era como vivir en el paraíso; sentía que su objetivo en la vida era complacerme..., una sensación mágica.

Intentamos hablar menos, distanciar las llamadas, los mensajes... pero la echaba mucho de menos y, una mañana en la playa, no puede aguantar la necesidad de escucharla, la llamé por teléfono y le dije que la necesitaba. Me contestó:

—Ahora, vas a soltar el teléfono, vas a cerrar los ojos, cruza los brazos y lleva las manos hasta la espalda y piensa que soy yo quien te abraza; yo haré lo mismo.

Sin que ella estuviera presente, sentí su esencia en aquel abrazo del que me acordaré eternamente, por la sorpresa de un sueño cumplido, aunque fuera por

unos segundos.

Gisella me escribió un correo y me hizo prometer que no lo abriría hasta el día siguiente. Respeté su deseo con mucha intriga y también desesperación. Entre lágrimas de dolor y de dulzura, leí el correo que Gisella me había enviado el día anterior, cuyo encabezamiento decía:

“NO ABRIR ANTES DEL SÁBADO”



Era una carta donde se mezclaba de manera exquisita el amor con la desilusión. La declaración de amor más bonita que me habían hecho hasta ese momento. Pero que, en el fondo, sonaba a despedida.

Me amaba, pero sabía que nunca podría compartir conmigo un sofá, una película, una chimenea. Decía que yo ya lo estaba compartiendo con otra persona que era mi marido. Gisella había decidido irse a la montaña un tiempo, necesitaba reflexionar.

Necesitaba estar sola, lejos de las personas, de toda forma de contacto con el mundo; necesitaba estar totalmente sola, sin nada que pudiera interrumpir su meditación.

Necesitaba reorganizar su vida, sus ilusiones, sus pensamientos, sus sentimientos.

Fueron unos días muy amargos para mí. Mi querida Gisella estaba viviendo sola una dura situación de desencanto, que yo misma había provocado.

—Yo solo quería amar —le había dicho en una ocasión a Gisella—, no quiero nada más que amar, quiero dar el amor que llevo dentro, necesito entregarlo.

Pero, ¡qué inconsciente fui! No pensaba que la persona a la que amaba también tenía corazón y alma y también se podía enamorar.

Gisella me dejó.

Pensé que no lo iba a soportar, creí que me iba a morir, que no podría vivir sin ella.

Me faltaba el aire, el rumbo, me faltaba la vida, me sentía morir.

Estaba locamente enamorada de ella.

No podía dejarla ir, pero tampoco podía retenerla, no tenía derecho.

Pasaron los meses sin saber nada de ella. Aunque el dolor era desgarrador, las dos sabíamos que nuestra relación no podía continuar.

Fueron unos tiempos terribles de frío en el corazón y desidia en el cuerpo. Unos tiempos de lucha para no ahogarme y para no ahogarla. Unos tiempos

oscuros de dolor y pena.

Pasaron los meses y recibí un correo de ella, que tenía una belleza extraordinaria. Decía:

“Por si no lo sabes, eres muy especial para mí, tu sitio ya está esculpido en mi corazón, eso no lo puede cambiar nadie, ni tú ni yo... eso es nuestro y será para siempre. Y una cosa más, soy más que mi apariencia, que al final se desintegrará, pero no las memorias y las risas que compartimos, los momentos que me acompañarán para siempre. Nuestros caminos del alma son paralelos de corazón. Te quiero”.

Capítulo 7

El hotel

El hotel, situado en el corazón de la zona vieja compostelana, con una decoración rústica, parecía pensado para dar cobijo a amores prohibidos, desde el siglo XVIII, cuando fue construido, para impedir que a través de sus gruesas paredes de piedra pudiera colarse el más mínimo resquicio de tristeza, injusticia, odio, insensatez e intolerancia.

La grandiosidad de la piedra lo mostraba impenetrable a cualquier mal.

Su interior era cálido y acogedor; iluminación tenue y, al lado de la reina piedra, lucía siempre la elegancia de la madera noble, combinación exquisita para agradar, aún más, un fin de semana perfecto.

Tras cerrar la puerta de la habitación, la excitación se hizo latente de nuevo. Ya estábamos solas y protegidas por aquellas indestructibles paredes de un metro de grosor, ya éramos totalmente libres, ya no teníamos que ocultar las manos ni los labios ni los ojos.

Nos abrazamos y bailamos agarradas un baile que solo nosotras conocíamos, un baile anónimo, sin música, con melodía de terciopelo que llevábamos dentro, desde que nos despedimos la última vez, que nos unía y nos fundía en una sola. Una melodía que nos llevaba suavemente, muy despacio, lo suficiente para poder sentir el roce de sus piernas con las mías, sus brazos alrededor de mi cuerpo, su olor, su mirada, sus caricias en mi pelo y sus palabras diciendo lo mucho que me amaba.

Me cogió de la mano y me tumbó sobre la enorme cama, dejándome acostada frente a ella.

La miré sonriendo. Ella siempre decía que mi risa la provocaba, que no podía controlar sus instintos salvajes cuando la miraba sonriendo.

Me sujetó las muñecas y abalanzándose lentamente sobre mí, me besó de nuevo alrededor del cuello, susurrando lo mucho que me echaba de menos, cada vez que se metía en la cama todas las noches.

Con el movimiento, pude ver cómo se desabrochaba un botón más de su sugerente escote, quedando al descubierto parte de su sujetador. Mordiéndome el labio inferior, intenté introducir mi dedo índice entre la tela y el pecho de Marta. Poco a poco, mis dedos se camuflaron con su piel, por dentro de su encaje negro. El contacto con su piel me hacía disfrutar de la suavidad más pura, fina, delicada y precisa.



Capítulo 8

Las heridas del corazón

Nos sorprendió la tarde, eran ya casi las 3.

Acariciando mis labios con sus dedos, me preguntó si tenía hambre.

—Sí, cariño, vamos a comer.

Salimos a la calle con nuestro amor escondido, de nuevo, entre la sonrisa descarada que mostraban nuestros labios.

Mientras recorríamos las calles de la ciudad, no dejábamos de cruzarnos miradas, entre muestras de alegría por estar juntas otra vez. Hasta llegábamos a permitirnos algún que otro roce, no sin antes mirar a ambos lados de la calle.

Aquella comida fue especial, sentadas una frente a la otra, nuestras caras casi podían

tocarse; conversamos y conversamos y brotaron sentimientos profundos.

Nos pusimos al día sobre nuestras familias; le pregunté cómo se encontraban sus padres, ya mayores; cómo iba su hija con los estudios; ella me preguntó por los míos. Hablamos de nuestro trabajo, en fin, de todas esas cosas cotidianas que, si todo está bien, preguntas por cortesía.

—¿Has sabido algo de Gisella? ¿Sabes cómo está? —preguntó Marta.

Conocí a Marta en plena desesperación por la pérdida de Gisella. Había hecho amistad con ella, en la misma página donde había conocido a Gisella.

—No, lo último que supe de ella fue hace meses y es que había empezado con un trabajo que tenía proyectado desde hacía ya tiempo y creo que le va muy bien, pero hace ya mucho tiempo que no hablo con ella.

—¿Y tu ex marido?

—Hablo muy poco con él; entre otras cosas, porque no quiere saber de mí.

—¿Ha dado especial sentido a que tu actual pareja sea una mujer?

—No —le contesté—. Es demasiado sensato.

Había pedido el divorcio a mi marido, hacía ya unos meses, cuando empecé a verme con Marta.



Cuando yo conocí a Gisella, todo había perdido sentido, no podía seguir así; llegó un momento en el que empecé a despreciarme a mí misma; ya no era yo, no era la de siempre. La mujer de siempre era sincera y honesta y, en ese momento, no lo estaba siendo con una persona a la que quería mucho, la persona con la que compartí muchas cosas, mi compañero de vida, una persona maravillosa que no se merecía que yo no le dijera la verdad, que lo estuviera engañando.

No podía hacerle esto a él ni a mí misma.

Tenía que salir de aquel agujero de mentira, tenía que volver a hacer las paces conmigo misma; eso me estaba destruyendo.

Y decidí que lo mejor era separarme de él.

—Sabes que es un tío maravilloso —le dije a Marta—, a quien quiero mucho y he hecho daño; involuntario, pero que también duele. Aunque ahora piense que me odia, yo sé que me sigue queriendo y que, con el tiempo, me va a entender y podremos volver a ser amigos. Y desde luego, rehacer mi vida sin él, reconstruirla desde otra perspectiva, con sentimientos diferentes, encontrados, y con los sentimientos de otras personas entre tus manos, con la sensación de que si cierras el puño los haces añicos, pero no te queda otra alternativa, es hacer daño o morir —le dije.

—Tanto tiempo aguantando esa situación pasa factura, cariño —me dijo Marta—. Y ¿cómo estás tú, amor? —me preguntó.

La miré y una lágrima se deslizó por mi mejilla.

Marta movió su mano sobre la mesa hasta alcanzar la mía y, con un tierno gesto de amor absoluto, rozó mis dedos y me miró a los ojos fijamente, sin decir nada; no era necesario, aquella mirada estaba llena de amor y comprensión.

Capítulo 9

Ítaca

Volvimos caminando a paso lento al hotel. Yo llevaba las manos en los bolsillos de mi abrigo y Marta, con disimulo, introdujo su mano en mi bolsillo, así podría entrelazar sus dedos con los míos sin que nadie nos viera.



Y mientras caminábamos cabizbajas, recordando lo que habíamos hablado en la comida, me dijo:

—No te preocupes por nada, cariño, es normal que te cueste recomponerte emocionalmente. Has sufrido mucho, pero recuerda lo que te escribí cuando estabas mucho peor que ahora. Has mejorado muchísimo, cada día te veo mejor. Tendrás días malos, pero poco a poco volverás a ser tú y yo voy a estar aquí para ayudarte.

Y la verdad es que aquellas palabras de Marta fueron como una mano que me arrastró hacia la superficie, desde el pozo sin salida en que me encontraba:

“Todos los días tienes que hacer una carrera, mi amor. Como buena deportista que eres, tienes que atrapar a Mónica, la de siempre.

No quieras hacer una salida demasiado rápida, si no, vas a agotarte; mantén el ritmo y la resistencia estará de tu parte.

En algunos tramos podemos cogernos de la mano, y no me sueltes, correremos juntas; en otros, deberás correr sola, irás más ligera.

Llegarás a la meta y habremos conseguido el objetivo: tú serás la vencedora y yo tendré la satisfacción de tener a mi lado una campeona”.

Marta hacía magia con sus palabras, siempre conseguía hacerme sonreír de nuevo.

Mientras ella abría la puerta del hotel, la cogí por detrás, con una mano sujeté su vientre, pegándolo a mí, y con la otra separé su pelo para poder besar su cuello y recorrerlo con mis labios.

—Me gustaría darme un baño contigo —le susurré al oído.

Y me respondió con una sonrisa de hada que concede mis deseos.

Mientras yo hacía unas llamadas que tenía pendientes para aquella tarde, Marta llenaba la bañera y, como siempre, encendía unas velitas y una barrita de incienso, con el exótico y maravilloso aroma opium.

Cuando entré al baño, ella estaba sumergida en un manto de espuma, tenía el pelo mojado y la cabeza apoyada sobre un borde de la bañera, con los ojos cerrados... parecía una diosa griega.

Me quité la ropa y me metí con ella.

Marta apoyaba su espalda en la bañera; yo me coloqué delante de ella, reposando sobre su cuerpo. El sopor del agua caliente me hizo cerrar los ojos también, y jugué con su piel, escuchando el maravilloso sonido del agua.



A Marta le encantaba contarme historias en la bañera y, a mí, me fascinaba escucharla.

Me narraba historias maravillosas.

El relato de aquella tarde era muy especial para mí. Lo había escuchado ya de su boca en varias ocasiones y, tanto me gustaba, que acabó siendo mi filosofía de vida.

Era un relato del poeta griego Kavafis, el viaje de vuelta de Ulises a su tierra Ítaca.

—Es un símil de la vida —me decía Marta, mientras acariciaba mi pelo desde atrás—. Lo que en realidad importa no es la meta, sino las experiencias que vivimos mientras llegamos.

Pasando sus brazos alrededor de mi cintura y con voz bajita, casi susurrando, empezó su relato:

“Cuando emprendas
el viaje hacia Ítaca,
ruega que sea largo el camino,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.
A los lestrigones, a los cíclopes
o al fiero Poseidón, nunca temas.
No encontrarás trabas en el camino,
si se mantiene elevado tu pensamiento...
Y es exquisita la emoción que toca el
espíritu y el cuerpo.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al fiero Poseidón has de encontrar,
si no los pone ante ti tu corazón,
si tu alma no los coloca frente a ti.
Ruega que sea largo el camino.
Que muchas sean las mañanas de verano
en que ¡con qué placer!, ¡con qué alegría!

entres en los puertos nunca antes vistos.
Detente en los mercados fenicios
para comprar finas mercancías,
madreperla y coral, ámbar y ébano,
y voluptuosos perfumes de todo tipo,
tantos perfumes voluptuosos como puedas.
Ve a muchas ciudades egipcias,
para que aprendas y aprendas de los sabios.
Siempre en la mente has de tener Ítaca,
llegar allá es tu destino,
pero no apresures el viaje.
Es mejor que dure muchos años
y que ya viejo llegues a la isla,
rico de todo lo que hayas guardado en el camino.
No tiene otra cosa que darte ya.
Y si la encuentras pobre,
Ítaca no te ha engañado,
sabio como te has vuelto con tantas experiencias,
habrás comprendido lo que significan las ítacas”.

Después de escuchar aquel maravilloso relato, salimos de la bañera; anochece ya.

Marta tomó una toalla y me envolvió en ella. Le gustaba mimarme, disfrutaba cuidándome, le encantaba tratarme con dulzura, con delicadeza.

Secó cada rincón de mi cuerpo muy despacio, con cuidado, como si fuera un frágil cristal que pudiera romperse. Me besó y dijo:

—Eres lo más maravilloso que me pasó en la vida.

Buscamos un disco de Sade y una versión de “smooth operator”, que nos apasionaba, y bailamos.

Fue muy excitante disfrutar de la mirada sensual de Marta y su preciosa sonrisa, con su cuerpo pegado al mío. Y nos dejamos llevar por el ritmo que

marcaban nuestras caderas, mientras escuchábamos el sonido del saxo y de los tambores.

Capítulo 10

Las piedras y las letras

A quella mañana de sábado tocaba recorrido cultural. A mí me daba un poco de pereza, pero Marta ansiaba conocer la universidad de Santiago y, en particular, alguna biblioteca; los libros eran su pasión. Yo creo que nunca disfruté tanto con las piedras y las letras. El estar a su lado y ver cómo disfrutaba ella, cómo se ilusionaba, me contagiaba y, además, me gustaba mucho escucharla; me explicaba, me hablaba de los libros mas importantes de la biblioteca; ¡vamos, que me *ponía* verla fascinada por aquel mundo!

Tomó un libro entre las manos y me dijo:

—¿Sabes?, este libro cuenta, de tus antepasados, una cultura muy interesante de la que tendríamos mucho que aprender.

Miré la portada y decía: “LA MUJER EN LA CULTURA CELTA”.

—Es un tema —me decía— que desde que te conozco me interesé por él y me apasiona. Lo estoy investigando y descubrí cosas muy interesantes. Si quieres, luego te cuento cómo vivían tus abuelitas —me dijo, con una sonrisa.

No podía faltar en nuestro recorrido la catedral, maravillosa, presidiendo la ciudad y siendo nexo de unión entre todas las culturas, que ya formaban parte de su paisaje colorido.

La gran plaza del Obradoiro, impregnada de alegrías y emociones que cada día los peregrinos dejan entre sus piedras impasibles, en forma de lágrimas y sonrisas.

Las fotografías en las escaleras de la plaza de la Quintana y en las callejuelas de la zona vieja, que parecían en blanco y negro por el gris

brillante que lucían cuando llovía, material con el que luego Marta hacía estupendos montajes de vídeo, que inmortalizaban nuestros encuentros.

¡Cómo no!, nos paramos a comer en el Franco, calle centenaria llena de bares y restaurantes, que todos recorrimos tomando vinos en la época de estudiantes.

Mientras disfrutábamos de una mariscada estupenda que le había prometido a Marta, le recordé:

—Tienes algo pendiente conmigo: me prometiste la historia de mis abuelitas, ¡jajajaja!

—Bien, lo prometido es deuda.

Y, una vez más, me fascinó con su relato.



—Pues mira —me dijo—, en esta gran civilización que nació antes de Cristo, donde vivieron los celtas, las mujeres eran criadas libres, igual que los hombres, y se preparaban igual que ellos. Empezaban a trabajar desde pequeñas, para poder mantenerse sin necesidad de casarse. Entre las mujeres celtas había sabias, poetisas, médicas... eran muy limpias y les gustaba mucho acicalarse; les gustaban las joyas y las fiestas. También, participaban en las guerras y, en esas épocas, sus vestidos eran cómodos y prácticos para la lucha... Elegían libremente a sus maridos e, incluso, antes del matrimonio, podían tener lo que llamaban “amistad de los muslos”; eran cortejadas como un ser superior que podía elegir entre sus pretendientes. Una vez casadas, eran compañeras de sus esposos, incluso, si poseían más propiedades que él, se les podía considerar cabeza de familia. ¿Eran sabios los celtas, no te parece? ¡Cuánto hemos perdido desde aquel tiempo, donde había igualdad entre hombres y mujeres!

—Desde luego, ¡cómo contaminamos la existencia con el paso del tiempo!

Pasamos aquella última tarde de Marta en Santiago paseando bajo la lluvia. Agotadas, después de recorrer toda la zona vieja de la ciudad, necesitábamos descansar; nos fuimos al hotel y nos tiramos en la cama, una al lado de la otra. Ella giró su cabeza, pensativa, me miró y dijo:

—Date la vuelta, cariño.

Me coloqué boca abajo, abriendo los brazos. Me sentía como un pájaro extendiendo sus alas cuando está en libertad. Y me hizo un masaje muy especial.

Apenas tocaba mi piel con sus manos, era muy excitante. Recorrió toda la espalda con la yema de los dedos, mientras decía cosas como:

—¡Eres dulce, Mónica!

Nunca podré olvidar cuando llegó a las nalgas, me hizo tocar el cielo con las manos, me hizo volar entre las nubes, me hizo saborear la miel del placer...

Me di la vuelta y la besé apasionadamente.

Al día siguiente, Marta regresaba a Barcelona.

Capítulo 11

Barcelona

La primera vez que estuve en un bar de chicas fue en Barcelona, “la Sue”, un lugar con una decoración preciosa, de varios ambientes. Fue algo mágico, muy especial. Aquella primera vez, estaba expectante con todo lo que pasaba a mi alrededor y con todo lo que pasaba dentro de mí. Estaba expectante de mis sentimientos; aunque para mí era un sueño el estar allí, desconocía ese mundo, no sabía lo que me iba a encontrar, pero pronto ese lugar lo sentí como mío. Nada más entrar, esperando en la barra aún para pedir algo, pasó la camarera por detrás y me tocó la espalda con la mano; era solo para que la dejásemos pasar, pero lo hizo con tal cariño y amabilidad, que lo sentí como una bienvenida y, posiblemente, también lo fuera. Un simple gesto que confirmó mis expectativas sobre aquel lugar y que me dio total confianza y tranquilidad.



Cumplía una ilusión. Era la primera vez que estaba en un lugar donde todo el mundo sentía en la misma honda que yo, por eso era tan importante. Me sentí muy bien aquella noche allí, tanto que, cada vez que voy a Barcelona, es visita obligada.

Ya estaba enamorada de Barcelona, pero Marta hizo que me enamorase aún más.

En cada uno de mis viajes, ella hacía de guía turístico para mí, por zonas diferentes de la ciudad, y así descubrí una Barcelona maravillosa, al lado de una catalana maravillosa.

En mi última visita me llevó a Sitges, que estaba precioso vestido de verano y adornado de fiesta. Una ciudad acogedora.

Mientras íbamos hacia allí, ocurrió algo que al principio no pensé que iba a ser tan trascendente, pero haría cambiar el rumbo de nuestras vidas; un cartel, un simple cartel de carretera.

Un cartel que ponía Zaragoza.

Paseamos por su paseo marítimo, escuchando la suavidad de las olas y disfrutando de la puesta de sol que, poco a poco, hizo desaparecer el horizonte.

Nos adentramos por la calle del pecado, en la ciudad en fiestas; mucha música, mucho terraceo, mucho ambiente por la calle, mucha alegría. Nos paramos a cenar en un restaurante donde, si fuera consciente de lo que ocurría y no tuviera la cabeza en otro lugar, seguro que me hubiera reído como lo hizo ella, ya que nos atendió un camarero que era físicamente igual que Alejandro Sanz y, luego, vino otro a recoger la mesa que se parecía a Miguel Bosé; aquellas coincidencias tan divertidas hicieron que Marta se riera mucho, mientras yo sonreía para aparentar que había una conexión entre su momento y el mío, pero no funcionó.

Cuando terminamos de cenar y fuimos a tomar una copa, me cogió las manos y me dijo:

—¿Qué te pasa? Desde que llegamos te noto pensativa, ausente. ¿Te ocurre algo, cariño?

—No —le dije—, estoy un poco cansada. Me gustaría irme.

Pero, sí me ocurría algo, sí estaba ausente.

Al ver aquel cartel de Zaragoza, sonó una alarma en mi corazón y ya no dejé de pensar en Gisella. Ella vivía allí y esa sensación de estar tan cerca de ella revolucionó de nuevo mi cabeza y mi corazón.

Desde que vi aquel cartel, no me apetecía estar allí, lo que quería era irme corriendo a 300 km a Zaragoza, a ver a Gisella.

Nos fuimos al hotel y, una vez allí, Marta volvió a preguntarme qué me ocurría.

De nuevo repetí que solo era cansancio.

No tuve valor para decirle la verdad, no quería hacerle daño, estaba confundida.

Al día siguiente volvía a casa y eso me tranquilizaba, necesitaba pensar, no quería seguir allí por más tiempo, al lado de Marta y con Gisella en mi cabeza.

Cerré los ojos e hice que dormía.

Estuve toda la noche despierta, pensando.

Conocí a Marta en un momento muy difícil de mi vida. Yo creo que el destino la colocó en mi camino para ayudarme, en un momento en el que yo creía que nada tenía sentido, que me encontraba sumergida en un tremendo dolor por la pérdida de alguien a quien amaba: Gisella.

Ella, poco a poco y con mucho cariño, me ayudó a salir de aquel estado emocional. Pero, estando a mi lado, se fue enamorando de mí.

Aunque estaba muy a gusto con Marta, la herida de Gisella no estaba cerrada todavía. Nunca más volví a ver a Marta.

Mientras viví mi aventura con Marta la admiré profundamente, me fascinaba su sabiduría, me impresionaba cómo se expresaba. Me gustaba cómo

me cuidaba y la delicadeza con que me trataba. Me encantaba cómo me miraba y me besaba. Me capturaba cuando me hacía bombones de chocolate.

Marta es una mujer fascinante a la que nunca olvidaré. Siempre tendrá un espacio en mi corazón.

Hoy me pregunto si alguna vez estuve enamorada de ella.

A día de hoy, aún no lo sé.

Capítulo 12

Mara

Desde una realidad de soledad, empecé a dedicar tiempo y más tiempo al deporte. Mientras lo practicaba me olvidaba de todo lo que estaba fuera de aquellas paredes y dentro de mi corazón. Me pasaba todo el tiempo que podía en el gimnasio.

Allí conocí a una chica curiosa; era amable y muy simpática y, con el tiempo, resultó ser la persona que eliminó de mi cabeza a Gisella. Y sí, acabé enamorándome de ella.

Mara, que así se llamaba, me hacía reír con sus imitaciones. Le encantaba disfrazarse con cualquier toalla o chaqueta que llevaba al gimnasio e imitar a personajes.

Me decía que a ella no le gustaba el deporte, pero que estaba dándose una oportunidad. Seguía yendo para ver si algún día se motivaba y empezaba a practicar deporte, sin abandonar, como siempre, al cabo de una semana.

A partir de ese día empecé a verla todos los días por allí y, hablando, nos hicimos amigas.

Un día me dijo que iba a celebrar su cumpleaños el próximo sábado con unas amigas y me preguntó si me gustaría ir.

Tenía reservada una mesa en un restaurante y me dijo que podríamos ir juntas, que no me tenía que preocupar por nada, ella me recogería en mi casa y por la noche me traería.

Decidí ir, sería un día diferente y con Mara me encontraba muy bien.

—¿Te parece bien a las 7?

—Sí, está bien esa hora.

Aquel día creo que me cambié de ropa 25 veces; con nada me sentía suficientemente bien; hacía tiempo que no salía y no sabía qué ponerme: quería impresionarla, no sé por qué, pero creo que al final lo conseguí.

A las 7 en punto apareció en la puerta de mi casa.

Me quedé boquiabierta cuando la vi, dentro de su cochazo de gama alta, oscuro, impecablemente limpio y brillante; asomaba por la ventanilla esa morenaza de ojos color coca cola, que pude admirar cuando alzó las *ray ban* de aviador y me dijo con una sonrisa espectacularmente blanca:

—¡Hola!, ¿nos vamos?

Me encantó lo que vi. Hasta ese momento solo la había visto con ropa deportiva y no había llamado mi atención, pero ese día estaba muy atractiva.

Llevaba una camisa *Ralph Lauren* de color blanco, que resaltaba en contraste con su piel morena, dorada por el sol y una pose de seguridad que me gustaba.

Era temprano aún cuando llegamos, así que nos sentamos a tomar algo en una terraza estupenda, con una temperatura ideal de finales de junio.

Hablábamos sin parar, hablábamos de nosotras, de nuestros amores, de nuestras vidas, de nuestros gustos, nuestras alegrías y nuestras penas.

Me encontré a alguien con ganas de olvidar, alguien enamorada aún, alguien rota por una relación de amor terminada con final terrible.

Me encontré a alguien que buscaba compañía, que buscaba compartir, alguien que se convirtió en especial para mí, inmediatamente, cuando vi cómo asomaban por sus ojos unas lágrimas llenas de amor, por aquella pérdida que aún llevaba en su corazón.

Coincidíamos en el tiempo y en el dolor por la pérdida de un amor, y el tener a alguien al lado que estaba pasando por lo mismo me hacía sentir mejor.

Fue un cumpleaños muy agradable, donde no faltó la música, la comida, la bebida y la buena compañía. Mara tenía unas amigas muy divertidas. Lo pasé

muy bien aquella noche. Estaba muy bien a su lado, me sentía contenta.

En el viaje de vuelta entendí el por qué de las lágrimas de aquella tarde.

Me contó que había compartido su vida, durante años, hasta hacía unos meses, con una mujer de la que estaba aún enamorada. Una mujer por la que había dado todo durante 8 años. Una relación muy bonita mientras duró, pero la separación había sido muy desagradable, muy dura, se hicieron mucho daño.

Cuando yo la conocí, necesitaba ya olvidar, pasar página, por eso decidió abrir las fronteras que ella misma había construido alrededor de su existencia y conocer a otras personas, otros lugares, otros amores.

Nos seguíamos viendo en el gimnasio y empezamos a quedar los sábados para ir a la playa. Disfrutábamos del sol en las horas de la tarde y luego solíamos ir a tomar algo por la costa.

Con ella disfruté de la belleza salvaje de mi tierra, de los colores que me rodeaban y no me había dado cuenta, de los olores, del viento, del agua, de la arena más dorada.

Descubrí la grandeza de las olas del mar de las Furnas, por donde nos dábamos grandes paseos, contándonos confidencias, llorando, riendo, gozando de la compañía, sorprendiéndonos con historias, inmortalizando momentos preciosos con la cámara de Mara.

Descubrí el color más bonito que había visto nunca: el verde esmeralda de las olas de Espiñeirido. La fuerza del mar de Corrubedo, la majestuosidad con que las olas golpean las rocas. La furia y la elegancia con la que se agitaban, me recordaban a una orquesta sinfónica, dirigida por la ola más grande, y todo un conjunto de olas más pequeñas que se suceden sincronizadas, como la mejor obra maestra de la naturaleza.

Con ella fui a la playa más salvaje, virgen y bella, Los Castros de Baroña, donde me desnudé por primera vez y experimenté cómo el sol, el viento y el agua acariciaban mi piel. Nunca me sentí tan cerca de la naturaleza como aquel día: el viento paseaba sobre mí, suave como una pluma gigante, que se

deslizaba por mi cuerpo sin dejar un rincón; el agua enloquecida me envolvía entre sus brazos de libertad; el sol, cómplice de la sal del mar, se posaba en mi piel llevándome al más deseado de los paraísos.

Aquel día, de regreso a casa, ocurrió algo que yo deseaba con todas mis fuerzas, pero no me atrevía a pedir. Ella paró el coche a un lado de la carretera, donde se acababa el bosque y empezaba la grandeza de la ría, me miró y me dijo:

—¿Te puedo dar un beso?

¡¡¡Aaaaahhhh!!! Aquello me sonó a música celestial.

De pronto, es como si toda la belleza de la que habíamos estado disfrutando esos días se concentrara dentro del coche, en la mirada de Mara.

Mi cuerpo entero se llenó de emoción, me parecía tan bello lo que había escuchado. Me sonó como la canción mas bonita del mundo. Y por supuesto, le dije:

—Sí.

Todo el vello de mi cuerpo se erizó con aquel beso. Era un beso con fuerza y dulzura. ¡Era un beso de amor!



Me fui a mi casa sintiéndome la mujer más feliz del mundo y con Mara en mi pensamiento, deseando que llegara el momento de volver a verla.

Ahí empezó otra historia de amor. Otra historia que, una vez más, dictó mi corazón.

Desaparecía el llanto por la pérdida de Gisella y llegaba el agradecimiento a lo vivido con ella.

Al principio fui muy feliz con Mara. Le encantaba sorprenderme, disfrutaba haciéndolo. Un día, por mi cumpleaños, me dijo que necesitaba que la acompañara esa tarde. Subí en su coche y me dio un pañuelo con el que debía taparme los ojos. Cuando me quitó el pañuelo, ¡vi que estaba en el aeropuerto! Fuimos muy bien recibidas, me mostraron cómo funciona un helicóptero, lo vi por dentro, me subí en el asiento del piloto, ¡fue increíble!

Y cuando pensé que habíamos terminado el recorrido y nos íbamos, me dijo:

—Y ahora, tu regalo.

Me presentó a un señor encantador.

—Este es el piloto de esa avioneta y te va a llevar por donde tú quieras.

¡Ufffff, fue maravilloso! Aún tengo grabado en la retina de mis ojos aquellos paisajes.

Le dije que quería ver mi casa desde el aire, la casa donde nací, la playa de mi infancia, mis lugares favoritos; sobrevolamos ríos, playas... ¡impresionante, maravilloso! Desde luego, uno de los regalos mas especiales que me han hecho nunca. Incluso, por un momento, me dejó llevar los mandos de la avioneta.

Mara estaba feliz viéndome pletórica. Me hacía muchos regalos, cada cual más impresionante.

Desde un brillante hasta una cena espectacular con candelabros y vajillas maravillosas, servida por ella misma, vestida de chef.

Pero, con el tiempo, la relación empezó a hacerse exigente, tóxica.

Llevábamos encima una mochila llena de rabia y odio, posiblemente del pasado, de la que no supimos desprendernos, y se había hecho demasiado pesada, insostenible. Lo que al principio me hacía sentir como una princesa, acabó convirtiéndome en mendigo. Mendigué porque estaba enamorada, mendigué porque quería que fuera la mujer con la que acabar mis días, y mendigué y mendigó, pero nuestro cordón umbilical ya se había roto por mucho desgaste. Era absurdo mantener algo que ya no daba, solo pedía.

Y nuestra aventura del corazón se rompió en mil pedazos.

Capítulo 13

Mi piel

No soy una mujer abanderada, pero sí defensora de la diversidad. Quiero vivir mi amor en la intimidad, pero sin esconderme. No estoy dispuesta a renunciar a vivir un amor porque otras personas quieran decidir sobre mí.

Quiero estar en paz conmigo misma, siendo coherente con lo que pienso y con lo que siento.

Ya me suenan a hueco frases recurrentes y repetitivas como:

-No lo entiendo

-Necesito tiempo

-Estas influenciada por ella

Esas frases oscuras que no admiten respuesta.

Frases cerradas, frases finales de una conversación que no apetece seguir.

Con el tiempo, me di cuenta de que la sociedad establece pero yo decido; soy yo quien crea mi propia realidad.

No me hará daño la sociedad, me hará daño mi propio miedo, el miedo a enfrentarme a mis pensamientos y a los pensamientos de los demás, a mis sentimientos, a mi voluntad.

Me costó entender que algunas personas importantes para mí no aceptasen mi nueva situación; me costó unos años de rebeldía y muchas lágrimas, hasta que comprendí que el mismo derecho que tengo yo para decidir sobre mi vida, lo tienen ellos para decidir si aceptan mi manera de vivir. Dejé de sufrir en el momento que dejé de pensar en mí y empecé a pensar en ellos. Cuando respeté

su decisión, aunque considere que no es la correcta, es su decisión tomada con libertad.

En mi infancia, tuve el privilegio de forjar mi personalidad al lado de una mujer maravillosa, mi abuela, que me enseñó a amar con su ejemplo; me adoraba y me lo demostraba cada día, atendiendo a mis caprichos antes que a sus necesidades, porque su necesidad era que yo fuese feliz.



He sido muy selectiva con mis relaciones personales; siempre han sido desde el corazón y todas de una manera u otra me ayudaron a crecer.

No me interesan las personas hipócritas o intolerantes.

Me gusta vivir la vida con intensidad.

Mi corazón explorador, impaciente, deseoso de vivir, me llevó a veces por lugares tormentosos y amargos, y otras por playas vírgenes, calurosas y de colores fascinantes...

Me ha llevado de la pasión al lujo, de la cultura al mundo zen. De todos he aprendido y con todos he disfrutado.

Tengo dos hijos maravillosos. En el momento en que me senté con ellos y les dije lo que sentía, lo que quería y que tenía una relación con una mujer, su reacción fue profundamente emocionante, por la naturalidad con que lo vivieron. Nunca olvidaré aquellas caritas sonrientes, y a la vez sorprendidas, y la frase inocente del pequeño que, con asombro y una sonrisa en la boca me dijo:

—¿¿¿Eres bollera, mamá???

—Sí —contesté—. Y los tres nos reímos.

Les recordé que no iba a cambiar nada entre ellos y yo, que yo era la misma y que ellos serían, como siempre, mi prioridad.

Creo que, por primera vez, vi en ellos a dos hombrecitos muy respetuosos, tolerantes y con mucho sentido del humor, expresándome cariño y comprensión.

En realidad, que mis hijos aceptasen mi situación, era lo que más me importaba.

Capítulo 14

Reflexiones

Me gustaría que en el mundo no hubiera odio ni fobias. Ni miedos.
Me gustaría que las personas nos tratásemos como personas.
Me gustaría que hubiera respeto por la libertad.



Me gustaría que nos alegrásemos por la felicidad de los demás.

Me gustaría que no hubiera hipócritas.

Me gustaría que no hubiese homófobos.

Y que no hubiese homófobos escondidos en el armario de la cobardía y ocultos tras una excusa.

Me gustaría que no hubiese personas que venden su cariño a cambio de la voluntad o la libertad del otro.

Pero como no pude conseguir todo esto sola y soy muy tenaz, no me quedó más remedio que aprender.

Aprendí a compadecer al que odia y al que envidia y a valorar las cosas de verdad importantes.

Aprendí a respetarme a mí misma y hacer lo que de verdad quiero hacer.

Aunque tenga miedo.

A no renunciar a ser yo, aunque el precio sea alto.

Aprendí a predicar que el amor es mucho mas que sexo, que una relación es almas iguales y sentimientos afines.

Aprendí que tenemos la obligación de ser felices, de disfrutar DE VERDAD de este regalo tan maravilloso que es la vida.

Que debemos ser generosos con nosotros mismos y compartir con quien nos hace felices, sin mirar lo que tiene entre las piernas.

Pero sin olvidarme nunca de que seré libre el día que no me importe lo que piensen los demás.

Capítulo 15

Y llegó mi ángel...

